

# El vendaval del rescate

MAITE PAGAZAURTUNDÚA RUIZ

**C**onstruimos colectivamente las rutinas que nos dan seguridad. Las elecciones forman parte de esa parte de la vida comunitaria: con sus partidos, sus candidatos, sus palabras sagradas y su teatralidad. Con las miserias propias de la condición humana. En nuestro caso, las elecciones vienen marcadas por la presencia de los monstruos locales que emergen de la violencia terrorista sin terminar de limpiarse el fango totalitario. Nada de esto nos resultaba inusual, en todo caso, y no resulta extraño, tampoco, ahora.

Y, sin embargo, notamos los vientos de la historia con mayúsculas. Vientos ante los que los aires de nuestras ponzoñas y porque-

rías locales son pura ganga. Lo inusual en estos meses es la dolorosa toma de conciencia plena de la globalización, entendida como la globalización del riesgo de nuestras economías personales. La conciencia de que se está acabando una forma de vida y la certeza del vértigo sobre el futuro de nuestra vida laboral y, sobre todo, sobre la de nuestros hijos. Somos dolorosamente conscientes de que vivimos al borde del precipicio y de que se ha acabado la fiesta para las sociedades de los que creíamos ser «ricos» para siempre, donde las migajas del bienestar y la seguridad terminarían por alcanzar a casi todos.

En el pasado evitamos analizar colectivamente los signos de que no podía durar la orgía del consumo y las críticas parecían

–eran– muchas veces puras poses estéticas. La realidad es que consumimos miles de productos manufacturados o extraídos sin los derechos y garantías legales y laborales de nuestro entorno. Y no supimos promover que aquellos seres humanos alcanzaran nuestros derechos y garantías en el trabajo, ni entendimos que, jugando a ser puros privilegiados pasivos, terminaríamos por sufrir casi todos las consecuencias de esa estrategia de consumo y producción.

El juego del préstamo del dinero es, ahora mismo, diabólico para nuestro país. Y las complejas y sutiles normas de la política europea, las mismas que en tantas cosas fueron consentidoras a los países hasta antes de ayer, están a punto de saltar en pedazos y mostrar a la madrastra que los países más fuertes siempre llevan dentro en los momentos de peligro o crisis.

Pocas veces he tenido la sensación de que el puñado de días que lleva desde la redacción hasta la publicación de una pequeña columna, encierra la posibilidad de que el viento de la historia nos noquee cuando estábamos, así, en nuestras rutinas, votando o preparándonos para votar.